3320

La Devoción de la Cruz

La devocion de la Cruz.

CALDERON DE LA BARCA.

PERSONAS

Eusebio.
Curcio, *viejo*.
Lisardo.
Octavio.
Alberto, *viejo*.
Celio. | *Bandoleros*
Ricardo. |
Chilindrina. |
Gil, *villano gracioso*.
Bras. | *Villanos*.
Tirso. |
Toribio. |
Julia, *dama*.
Arminda, *criada*.
Menga, *villana graciosa*.
Bandoleros y villanos.

LA DEVOCION DE LA CRUZ.

JORNADA I.

Dicen dentro Menga y Gil.

Men. Verà por dó và la burra.
Gil. Jó dimuño, jó mohina.
Men. Ya verá por dó camina:
harre acà.
Gil. El diabro te aburra!
¿no hay quién una cola tenga,
pudiendo tenella mil?
(*Salen los dos.*
Men. Buena hacienda has hecho, Gil,
Gil. Buena hacienda has hecho, Menga,
pues tú la culpa tuviste;
que como ibas caballera,
que en el hoyo se metiera
al oido la dijiste,
por hacerme regañar.
Men. Por verme caer á mí,
se lo dijiste, eso sì.
Cil. ¿Cómo la hemos de sacar?
Men. ¿Pues en el lodo la dejas?
Gil. No puede mi fuerza sola.
Men. Yo tiraré de la cola,
tira tú de las orejas.

608580

Gil. Mejor remedio sería
hacer el que aprovechó
á un coche, que se atascó
en la corte esotro dia.
Este coche, Dios delante,
que arrastrados de dos potros,
parecia entre los otros
pobre coche vergonzante)
y por maldicion muy cierta
de sus padres (hado esquivo!)
iba de estribo en estribo,
ya que no de puerta en puerta,
en un arroyo atascado,
con ruegos el caballero,
con azotes el cochero,
ya por fuerza, ya por grado,
ya por gusto, ya por miedo,
que saliesen procuraban.
Por recio que lo mandaban
mi coche quedo que quedo.
Viendo que no importan nada
cuantos remedios hicieron,
delante el coche pusieron
un arnero de cebada.
Los caballos, por comer,
de tal manera tiraron,
que tosieron y arrancaron;
y esto podemos hacer.
¡Que nuncan valen dos cuartos
'us cuentos!
Menga, yo siento
un animal hambriento,
de hay animales hartos.
y al camino á mirar.

si pasa de nuestra aldea
gente, cualquiera que sea,
porque te venga á ayudar,
pues te das tan pocas mañas.
Gil. ¿Vuelves, Menga, à tu porfía?
Men. ¡Ay burra del alma mía! (*vase.*
Gil. ¡Ay burra de mis entrañas!
tú fuiste la mas honrada
burra de toda la aldea;
que no ha habido quien te vea
nunca mal acompañada.
No eras nada callejera,
de mijor gana te estabas
en tu pesebre, que andabas
cuando te llevaban fuera.
Pues altanera y liviana,
bien me atrevo á jurar yo,
que ningun burro la vió
asomada à la ventana,
Yo sé que no merecia
su lengua desdicha tal,
pues jamás para habrar mal
dijo aquesta boca es mia.
Pues como à ella la sobre
de lo que comiendo está,
luego al punto se lo dà
á alguna borrica pobre.
(*Dentro ruido.*
¿Mas qué ruido es este? Allí
de dos caballos se apean
dos hombres, y hàcia mi vienen
despues que atados los dejan
¿Descoloridos, y al campo
de mañana? Cosa es cierta

que comen barro, ó están
opilados. Mas si fueran
bandoleros; ¡aquí es ello!
pero lo que fuere sea,
aquí me escondo; que andan,
que corren, que salen, que entran. (*escónd.*

Salen Lisardo y Eusebio.

Lis. No pasemos adelante,
porque esta estancia encubierta
y apartada del camino,
es para mi intento buena.
Sacad, Eusebio, la espada,
que yo de aquesta manera
á los hombres como vos
sacó á reñir.

Eus. Aunque tenga
bastante causa en haber
llegado al campo, quisiera
saber lo que á vos os mueve.
Decid, Lisardo, la queja
que de mí teneis.

Lis. Son tantas,
que falta voz á la lengua,
razones á la razon,
y al sufrimiento paciencia.
Quisiera, Eusebio, callarlas,
y áun olvidarlas quisiera;
porque cuando se repiten,
hacen de nuevo la ofensa.
¿Conoceis estos papeles?

Eus. Arrojadlos en la tierra,
y los alzaré.

Lis. Tomad.

¿Qué os suspendeis? ¿qué os altera?
Eus. Mal haya el hombre, mal haya
mil veces aquel que entrega
sus secretos à un papel;
porque es disparada piedra
que se sabe quien la tira,
y no sabe á quien llega.
Lis. Habéislos ya conocido?
Eus. Todos están de mi letra,
que no la puedo negar.
Lis. Pues yo soy Lisardo, en Sena,
hijo de Lisardo Curcio.
Bien escusadas grandezas
de mi padre consumieron
en breve tiempo la hacienda
que los suyos le dejaron;
que no sabe cuanto yerra
quien, por excesivos gastos,
pobres á sus hijos deja.
Pero la necesidad,
aunque ultraje la nobleza,
no escusa de obligaciones
á los que nacen con ellas.
Julia pues, (¡saben los cielos,
cuanto en nombrarla me pesa!)
ó no supo conservalas,
ó no llegó à conocerlas;
pero al fin, Julia es mi hermana
¡plugiera à Dios no lo fueras!
Y advertid, que no se sirven
las mugeres de sus prendas
con amorosos papeles,
con razones lisongeras,
con ilícitos recados,

ni con infames terceras.
No os culpo en el todo á vos;
que yo confieso que hiciera
lo mismo, á darme una dama
para servirla licencia;
pero cúlpoos en la parte
de ser mi amigo, y en esta
con mas culpa os comprende
la culpa que tuvo ella.
Sì mi hermana os agradó
para mujer, que no era,
posible, ni yo lo creo
que os atrevierais á verla
con otro fin, ni aun con éste;
pues, ¡vive Dios! que quisiera
àntes, que con vos casada,
mirarla á mis manos muerta.
En fin, si vos la elegisteis
para mujer, justo fuera
descubrir vuestros deseos
á mi padre, ántes que á ella,
Este era término justo,
y entónces mi padre viera
si le estaba bien el darla,
que pienso que no os la diera;
porque un caballero pobre,
cuando en cosas como estas
no puede medir iguales
la calidad y la hacienda,
por no deslucir su sangre
con una hija doncella,
hace sagrado un convento;
que es delito la pobreza.
Aqueste á Julia mi hermana

con tanta prisa la espera,
que mañana ha de ser monja
por voluntad ó por fuerza.
Y porque no será bien
que una religiosa tenga
prendas de tan loco amor
y de voluntad tan necia,
à vuestras manos las vuelvo,
con resolucion tan ciega,
que no sòlo he de quitarlas,
mas tambien la causa dellas.
Sacad la espada y aquí
el uno de los dos muera;
vos, porque no la sirvais,
ó yo, porque no lo vea.

Eus. Tened, Lisardo, la espada,
y pues yo he tenido flema
para oir desprecios mios,
escuchadme la respuesta;
y aunque el discurso sea largo
de mi suceso, y parezca
que, estando solos los dos
es demasiada paciencia,
pues que ya es fuerza reñir,
y morir el uno es fuerza,
por si los cielos permiten
que yo el infelice sea,
oid prodigios que admiran
y maravillas que elevan,
que no es bien que con mi muerte
eterno silencio tengan.
Yo no sé quien fué mi padre;
pero sé que la primera
cuna fué el pié de una cruz;

y el primer lecho una piedra.
Raro fué mi nacimiento,
segun los pastores cuentan
que de esta suerte me hallaron
en la falda de esas sierras.
Tres dias, dicen, que oyeron
mi llanto, que á la aspereza
donde estaba, no llegaron
por el temor de las fieras,
sin que alguna me ofendiese:
¿pero quien duda que era
por respeto de la cruz
que tenía en mi defensa?
Hallóme un pastor, que acaso
buscó una perdida oveja
en la aspereza del monte,
y trayéndome á la aldea
de Eusebio, que no sin causa
estaba entónces en ella,
le contó mi prodigioso
nacimiento, y la clemencia
del cielo asistió á la suya.
Mandó en fin que me trajeran
á su casa, como á hijo
me dió la crianza en ella.
Eusebio soy de la cruz
por su nombre, y por aquella
que fué mi primera guia,
y fué mi guarda primera.
Tomé por gusto las armas,
por pasatiempo las letras;
murió Eusebio, yo quedé
heredero de su hacienda.
Si fué prodigioso el parto,

no lo fué ménos la estrella,
que enemiga me amenaza,
y piadosa me reserva.
Tierno infante era en los brazos
del ama, cuando mi fiera
condicion, bárbara en todo
dió de sus rigores muestras;
pues con solas las encias
no sin diabólica fuerza,
partí el pecho de quien tuve
el dulce alimento; y ella,
del dolor desesperada,
y de la cólera ciega,
en un pozo me arrojó,
sin que ninguno supiera
de mí. Oyèndome reir,
bajaron á él y cuentan
que estaba sobre las aguas,
y que con las manos tiernas
tenia una cruz formada
y sobre los làbios puesta.
Un dia que se abrasaba
la casa y la llama fiera
cerraba el paso á la vida
y à la salida la puerta,
entre las llamas estuve
libre, sin que me ofendieran:
y advertí despues, dudando
que haya en el fuego clemencia,
que era dia de la Cruz.
Tres lustros contaba apenas,
cuando por el mar fuí á Roma,
y en una brava tormenta,
desesperada mi nave

chocó en una oculta peña
en pedazos dividida,
por los costados abierta:
abrazado de un madero
salí venturoso á tierra,
y este madero tenia
forma de cruz. Por las sierras
de esos montes caminaba
con otro hombre, y en la senda,
que dos caminos partia,
una cruz estaba puesta.
En tanto que me quedé
haciendo oracion en ella,
se adelantó el compañero
y despues dándome priesa
para alcanzarle, le hallé
muerto á las manos sangrientas
de bandoleros. Un dia,
riñendo en una pendencia,
de una estocada caí,
sin que hiciese resistencia,
en la tierra; y cuando todos
pensaron hallarla agena
de remedio, solo hallaron
señal de la punta fiera
en una cruz que traia
al cuello, que en mi defensa
recibió el golpe. Cazando
una vez por la aspereza
deste monte, se cubrió
el cielo de nubes negras,
y publicando con truenos
al mundo espantosa guerra,
lanzas arojaba en agua,

balas disparaba en piedras.
Todos hicieron las hojas
contra las nubes defensa,
siendo ya tiendas de campo
las mas ocultas malezas;
y un rayo, que fué en el viento
caliginoso cometa,
volvió en ceniza à los dos
que de mí estaban mas cerca.
Ciego, turbado y confuso
vuelvo á mirar lo que era,
y hallé á mi lado una cruz,
que yo pienso que es la mesma
que asistió á mi nacimiento,
y la que yo tengo impresa
en los pechos; pues los cielos
me han señalado con ella
para públicos efectos
de alguna causa secreta.
Pero aunque no sé quien soy
tal espìritu me alienta,
tal inclinacion me anima
y tal ànimo me fuerza,
que por mi me dá valor
para que á Julia merezca;
porque no es más la heredada
que la adquirida nobleza.
Este soy, y aunque conozco
la razon, y aunque pudiera
dar satisfaccion bastante
á vuestro agravio me ciega
tanto la pasion de veros
hablando de esa manera,
que ni os quiero dar disculpa,

ni os quiero admitir la queja;
y pues quereis estorbar
que yo su marido sea,
aunque su casa la guarde,
aunque un convento la tenga,
de mi no ha de estar segura;
y la que no ha sido buena
para mujer, lo será
para dama; así desea
desesperado mi amor,
y ofendida mi paciencia,
castigar vuestro desprecio
y satisfacer mi afrenta.

Lis. Eusebio, donde el acero
ha de hablar, calle la lengua.

Sacan las espadas y riñen, y Lisardo cae en el suelo, y procurando levantarse, torna á caer.

Herido estoy!

Eus. ¿Y no muerto?

Lis. No; que en los brazos me queda
aliento para..... Ay de mí!
faltó á mis plantas la tierra.

Eus. Y falte á tu voz la vida.

Lis. No me permitas que muera
sin confesión.

Eus. Muere, infame!

Lis. No me mates, por aquella
cruz en que Cristo murió.

Eus. Aquesa voz te defienda
de la muerte. Alza del suelo;
que cuando por ella ruegas,
falta rigor á la ira,
y falta á los brazos fuerza.

Alza del suelo.
Lis. No puedo;
porque ya en mi sangre envuelta
voy despreciando la vida,
y el alma pienso que espera
á salir, porque entre tantas
no sabe cual es la puerta.
Eus. Pues fíate de mis brazos,
y anímate; que aquí cerca
de unos penitentes monges
hay una ermita pequeña,
donde podrás confesarte
si vivo á sus puertas llegas.
Lis. Pues yo te doy mi palabra,
por esa piedad que muestras,
que si yo merezco verme
en la divina presencia
de Dios, pediré que tú
sin confesarte no mueras.
Llévale en brazos.

Sale Gil de donde estaba escondido, y por otra parte Eras, Tirso, Menga y Toribio.

Gil. ¡Han visto, lo que le debe!
La caridad está buena;
pero yo se la perdono.
¡Matarle, y llevarle á cuestas!
Tor. ¿Aquí dices que quedaba?
Men. Aquí se quedó con ella.
Tirs. Mírale allí embelesado.
Men. Gil, ¿que mirabas?
Gil. ¡Ay Menga!
Tirs. ¿Qué te ha sucedido?
Gil. ¡Ay Tirso!

Tor. ¿Qué viste? Danos respuesta.
Gil. ¡Ay Toribio!
Bras. Di, ¿que tienes,
Gil, ó de qué te lamentas?
Gil. ¡Ay Bras! ¡ay amigos mios!
No lo sé mas que una bestia:
matóle, y cargó con él;
sin duda à salar le lleva.
Men. Quién le mató?
Gil. ¿Qué sé yo?
Tirs. ¿Quién muriò?
Gil. No sé quien era.
Tor. ¿Quién cargo?
Gil. ¡Què sé yo quien
Bras. ¿Y quién le llevó?
Gil. Quién quiera.
Pero porque lo sepais,
venid todos.
Tirs. ¿Do nos llevas?
Cil. No lo sé; pero venid,
que los dos van aquí cerca. (*vánse todos.*

Salen Julia y Arminda.

Jul. Déjame, Arminda, llorar
una libertad perdida,
pues donde acaba la vida,
tambien acaba el pesar.
¿Nunca has visto de una fuente
bajar un arroyo manso,
siendo apacible descanso
el valle de su corriente;
y cuando le juzgan falto
de fuerza las flores bellas,
pasa por encima dellas

rompiendo por lo mas alto?
Pues mis penas, mis enojos
la misma esperiencia han hecho;
detuviéronse en el pecho,
y salieron por los ojos.
Deja que llore el rigor
de un padre.

Arm. Señora, advierte...

Jul. ¿Qué mas venturosa suerte
hay que morir de dolor?
Pena que deja vencida
la vida, ser gloria ordena;
que no es muy grande la pena
que no acaba con la vida.

Arm. ¿Qué novedad obligó
tu llanto?

Jul. ¡Ay Arminda mia!
Cuantos papeles tenia
de Eusebio, Lisardo halló
en mi escritorio.

Arm. ¿Pues él
supo que estaban allí?

Jul. Como aqueso contra mí
hará mi estrella cruel.
Yo, (¡ay de mi!) cuando le veía
el cuidado con que andaba,
pensè que lo sospechaba,
pero no que lo sabìa.
Llegó á mí descolorido,
y entre apacible y airado,
me dijo que habia jugado,
Arminda, y que habia perdido;
que una joya le prestase
para volver á jugar.

Por presto que la iba á dar,
no aguardó á que la sacase:
tomó él la llave y abrió
con una cólera inquieta,
y en la primera naveta
los papeles encontró.
Miróme y volvió á cerrar.
Y sin decir nada (¡ay Dios!)
buscó á mi padre, y los dos
(¿quién duda es para tratar
mi muerte?) gran rato hablaron
cerrados en su aposento;
salieron, y hácia el convento
los dos sus pasos guiaron,
segun Octavio me dijo.
Y si lo que está tratado
ya mi padre ha efectuado,
con justa causa me aflijo;
porque si de aquesta suerte,
que olvide á Eusebio desea,
ántes que mouja me vea,
yo misma me daré muerte.

Salé Eusebio

Eus. Ninguno tan atrevido; *(aparte.*
si no tan desesperado,
viene á tomar por sagrado
la casa del ofendido.
Antes que sepa la muerte
de Lisardo Julia bella,
hablar quisiera con ella,
porque á mi tirana suerte
algun remedio consigo,
si ignorando mi rigor,

puede obligarla el amor
á que se venga conmigo;
y cuando llegue á saber
de Lisardo el hado injusto,
hará de la fuerza gusto
mirándose en mi poder.—
Hermosa Julia?

Jul. Qué es esto?
Tú en esta casa?

Eus. El rigor
de mi desdicha, y tu amor
en tal peligro me ha puesto.

Jul. ¿Pues cómo has entrado aquí,
y emprendes tan loco estremo?

Eus. Como la muerte no temo.

Jul. Qué es lo que intentas así?

Eus. Hoy obligarte deseo,
Julia, porque agradecida
des á mi amor nueva vida,
nueva gloria á mi deseo.
Yo he sabido cuanto ofende
á tu padre mi cuidado,
que á su noticia ha llegado
nuestro amor, y que pretende
que tú recibas mañana
el estado que desea,
para que mi dicha sea
como mi esperanza vana.
Si ha sido gusto, si ha sido
amor el que me has mostrado,
si es verdad que me has amado,
si es cierto que me has querido,
vente conmigo; pues ves
que no tiene resistencia

de tu padre la obediencia.
Deja tu casa, y despues
que habrà mil remedios piensa;
pues ya en mi poder, ès justo
que haga de la fucrza gusto
y obligacion de la ofensa.
Villas tengo en que guardarte,
gente con que defenderte,
hacienda para ofrecerte
y un alma para adorarte.
Si darme vida deseas,
si es verdadero tu amor,
atrévete, ó el dolor
hará que mi muerte veas.

Jul. Oye, Eusebio.

Arm. Mi señor
viene, señora.

Jul. ¡Ay de mí!

Eus. ¿Pudiera hallar contra mi
la fortuna mas rigor?

Jul. Podrá salir?

Arm. No es posible
que se vaya; porque ya
llamando à la puerta está.

Jul. Grave mal!

Eus. Pena terrible!
¿Qué haré?

Jul. Esconderte es forzoso.

Eus. ¿Dónde?

Jul. En aquese aposento.

Arm. Presto, que sus pasos siento.

(*Escóndese Eusebio.*)

Sale Curcio.

Curc. Hija, sí por el dichoso
estado que tú codicias,
y que ya seguro tienes,
no das à mis parabienes
la vida y alma en albricias,
del deseo que he tenido
no agradeces el cuidado.
Todo queda efectuado,
y todo tan prevenido,
que solo falta ponerte
lo mas bizarra y hermosa,
para ser de Cristo esposa,
mira que dichosa suerte.
Hoy aventajas á todas
cuantas se ven envidiar,
pues te verán celebrar
aquestas divinas bodas.
¿Qué dices?
Jul. ¿Qué puedo hacer? (*aparte.*
Eus. Yo me doy la muerte aquí, (*aparte.*
si ella le dice que sí.
Jul. No sé cómo responder.— (*aparte*
Bien, señor, la autoridad
de padre, que es preferida,
imperio tiene en la vida;
pero no en la libertad.
¿Pues que supiera ántes yo
tu intento, no fuera bien?
¿Y qué tú, señor, tambien
supieras mi gusto?
Curc. No;
que sola mi voluntad

en lo justo ó en lo injusto,
has de tener tú por gusto.
Jul. ¿Sólo tiene libertad
un hijo para escojer
estado, que el hado impio
no fuerza el libre albedrío?
Déjame pensar y ver
de espacio eso; y no te espante
ver que término te pida,
que el estado de una vida
no se toma en un instante.
Curc. Basta que yo lo he mirado,
y yo por tí he dado el sí.
Jul. Pues si tú vives por mí,
toma tambien por mí estado.
Curc. Calla, infame! calla, loca!
que haré de aquese cabello
un lazo para tu cuello,
ó sacaré de tu boca
con mis manos la atrevida
lengua, que de oir me ofendo.
Jul. La libertad te defiendo,
señor, pero no la vida.
Acaba su curso triste,
y acabará tu pesar
que mal te puedo negar
la vida que tú me diste.
La libertad que me dió
el cielo, es la que te niego.
Curc. En este punto à creer llego
lo que el alma sospechó,
que no fué buena tù madre,
y manchó mi honor alguno;
pues hoy tu error importuno

ofende el honor de un padre,
á quien el sol no igualó
en resplandor y belleza,
sangre, honor, lustre y nobleza.
Jul. Eso no hé entendido yo,
por eso no hé respondido.
Curc. Arminda, salte allá fuera.— (*Vase Arm.*
Y ya que mi pena fiera
tantos años he tenido
secreta, de mis enojos
la ciega pasion obliga,
á que la lengua te diga
lo que te han dicho los ojos.
La Señoría de Sena,
por dar á mi sangre fama,
en su nombre me envió
á dar la obediencia al papa
Urbano Tercio. Tu madre,
que con opinion de santa
fué en Sena comun ejemplo
de las matronas romanas,
y aun de las nuestras, (no sé
como mi lengua la agravia;
mas, ¡ay infelice! tanto
la satisfaccion engaña,)
en Sena quedó, y yo estuve
en Roma con la embajada
ocho meses; porque entonces
por concierto se trataba,
que esta Señoría fuese
del Pontífice; Dios haga
lo que à su estado convenga,
que aquí importa poco ó nada.
Volví á Sena, y hallé en ella

(aquí el aliento me falta,
aquí la lengua enmudece,
y aquì el ánimo desmaya)
hallé (¡ay injusto temor!)
á tu madre tan preñada,
que para el infeliz parto
cumplía las nueve faltas.
Ya me habia prevenido
por sus mentirosas cartas
esta desdicha, diciendo
que, cuando me fuí, quedaba
con sospecha; y yo la tuve
de mi deshonra tan clara,
que discurriendo mi agravio,
imaginé mi desgracia.
No digo que verdad sea;
mas quien tiene sangre hidalga
no ha de aguardar á creer.
que el imaginar le basta.
¿Qué importa que un noble sea
desdichado, (¡o ley tirana
de honor ó bárbaro fuero
del mundo!) si la ignorancia
le disculpa? Mienten, mienten
las leyes; porque no alcanza
los misterios al efecto
quien no previene la causa.
¿Què ley culpa à un inocente?
¿Qué opinion á un libre agravia?
Miente otra vez; que no es
deshonra, sino desgracia.
¡Bueno es que en leyes de honor
le comprenda tanta infamia
al Mercurio, que le roba,

como al Argos, que le guarda!
¿Qué deja el mundo, qué deja,
si así al inocente infama
de deshonra, para aquel
que lo sabe y que lo calla?
Yo entre tantos pensamientos,
yo entre confusiones tantas,
ni vi regalo en la mesa,
ni hice descanso en la cama.
Tan desabrido conmigo
estuve, que me trataba
como ageno el corazon,
y como á tirano el alma.
Y aunque á veces discurría
en su abono, y aunque hallaba
verosìmil la disculpa.
pudo en mí tanto la instancia
del temer que me ofendía,
que con saber que fué casta,
tomé de mis pensamientos,
no de sus culpas, venganza.
Y porque con más secreto.
fuese, previne una caza
fingida; porque á un zeloso
ficciones solo le agradan.
Al monte fuí, y cuando todos
entretenidos estaban
en su alegre regocijo,
con amorosas palabras,
(¡qué bien las dice quien miente!
¡qué bien las cree quien ama!)
llevé á Rosmira, tu madre,
por una senda apartada
del camino, y divertida

llegó á una secreta estancia
deste monte, á cuyo albergue
el sol ignoró la entrada;
porque se la defendian
rústicamente enlazadas,
por no decir que amorosas,
árboles, hojas y ramas.
Aquí pues, adonde apénas
huella imprimió mortal planta,
solos los dos.....

Sale Arminda.

Arm. Si el valor,
que el noble pecho acompaña,
señor y si la esperiencia
que te han dado honrosas canas,
en la desdicha presente
no te niega ó no te falta,
exámen será el valor
de tu ànimo.
Curc. ¿Qué causa
te obliga á que así interrumpas
mi razon?
Arm. Señor.....
Curc. Acaba;
que mas la duda me ofende.
Jul. Por qué te suspendes? Habla.
Arm. No quisiera ser la voz
de mi pena y tu desgracia.
Curc. No temas decirla tú,
pues yo no temo escucharla.
Arm. A Lisardo, mi señor.....
Eus. Esto solo me faltaba.
Arm. Bañado en su sangre traen,

en una silla por andas,
cuatro rústicos pastores,
muerto (¡ay Dios!) á puñaladas,
mas ya á tu presencia llega;
no le veas.

Curc. ¿Cielos tantas
penas para un desdichado?
¡Ay de mí!

Salen los villanos con Lisardo muerto en una silla, ensangrentado el rostro.

Jul. ¿Pues qué inhumana
fuerza ensangrentó la ira
en su pecho? ¿Qué tirana
mano se bañó en mi sangre,
contra su inocencia airada?
Ay de mí!

Arm. Mira, señora.

Bras. No llegues á verle.

Curc. Aparta.

Tirs. Detente, señor.

Curc. Amigos
no puede sufrirlo el alma.
Dejadme ver ese cadáver frío,
depósito infeliz de heladas venas,
ruina del tiempo, estrago del impio
hado, teatro funesto de mis penas,
¿qué tirano rigor (¡ay hijo mio!)
trágico monumento en las arenas
construyó, porque hiciese en quejas vanas
mortaja triste de mis blancas canas?
Ay amigos, decid, ¡quién fué homicida
de un hijo, en cuya vida yo animaba?

Men. Gil lo dirá; que, al verle dar la herida,
oculto entre unos árboles estaba.

Curc. Di, amigo, di, ¿quién me quitó esta vida?
Cil. Yo solo sé que Eusebio se llamaba
cuando con él reñia.
Curc. Hay mas deshonra?
Eusebio me ha quitado vida y honra.
Disculpa ahora tú de sus crueles (*á Julia.*
deseos la ambicion; di que concibe
casto amor, pues, á falta de papeles,
lascivos gustos con tu sangre escribe.
Jul. Señor.....
Curc. No me respondas como sueles,
á tomar hoy estado te apercibe,
ó apercibe tambien á tu hermosura
con Lisardo temprana sepultura.
Los dos à un tiempo el sentimiento esquivo
en este dia sepultar concierta,
él muerto al mundo, en mi memoria vivo,
tú viva al mundo, en mi memoria muerta.
Y en tanto que el entierro os apercibo,
porque no huyas cerraré esta puerta.
Queda con él, porque de aquesta suerte
lecciones al morirte dé su muerte.
(*Vánse todos, y queda Julia en medio de Lisardo y Eusebio, que sale por otra puerta.*
Jul. Mil veces procuro hablarte,
tirano Eusebio, y mil veces
el alma duda, el aliento
falta, y la lengua enmudece.
No sé, no sé como pueda
hablar; porque á un tiempo vienen
envueltas iras piadosas
entre piedades crueles.
Quisiera cerrar los ojos
à aquesta sangre inocente,

que está pidiendo venganza,
desperdiciando claveles:
y quisiera hallar disculpa
en las lágrimas que viertes,
que al fin heridas y ojos
son bocas que nunca mienten.
Y en una mano el amor,
y en otra el rigor presente,
à un mismo tiempo quisiera
castigarte y defenderte.
Y entre ciegas confusiones
de pensamientos tan fuertes,
la clemencia me combate,
y el sentimiento me vence.
¿Desta suerte solicitas
obligarme? ¿desta suerte,
Eusebio, en vez de finezas,
con crueldades me pretendes?
¿Cuando de mi boda el dia
resuelta esperaba, quieres
que, en vez de apacibles bodas,
tristes exequias celebre?
¿Cuando por tu gusto era
á mi padre inobediente,
lutos funestos me das
en vez de galas alegres?
¿Cuando, arriesgando mi vida,
hice posible el quererte,
en vez de tálamo (¡ay cielos!)
un sepulcro me previenes?
¿Y cuando mi mano ofrezco,
despreciando inconvenientes
de honor, la tuya bañada
en mi sangre me la ofreces?

¿Qué gusto tendré en tus brazos,
si para llegar à verme
dando vida à nuestro amor,
voy tropezando en la muerte?
¿Qué dirà el mundo de mí
sabiendo que tengo siempre,
si no presente el agravio,
quien le cometió presente?
Pues cuando quiera el olvido
sepultarle, sólo el verte
entre mis brazos será
memoria con que me acuerde.
Yo entónces, yo, aunque te adore,
los amorosos placeres
trocaré en irás, pidiendo
venganzas; ¿pues cómo quieres
que viva sujeta un alma
à efectos tan diferentes,
que esté esperando el castigo,
y deseando que no llegue?
Basta, por lo que te quise,
perdonarte sin que esperes
verme en tu vida, ni hablarme,
Esa ventana, que tiene
salida al jardin, podrà
darte paso; por ahí puedes
escaparte; huye el peligro,
porque, si mi padre viene,
no te halle aquí. Vete, Eusebio,
y mira que no te acuerdes
de mí; que hoy me pierdes tú,
porque quisiste perderme.
Vete, y vive tan dichoso,
que tengas felicemente

bienes, sin que á los pesares
pagues pension de los bienes.
Que yo haré para mi vida
una celda, prision breve,
si no sepulcro, pues ya
mi padre enterrarme quiere.
Allí lloraré desdichas
de un hado tan inclemente,
de una fortuna tan fiera,
de una inclinacion tan fuerte,
de un planeta tan opuesto,
de una estrella tan rebelde,
de un amor tan desdichado,
de una mano tan aleve,
que me ha quitado la vida
y no me ha dado la muerte,
porque entre tantos pesares,
siempre viva, y muera siempre.
Eus. Si acaso más que tus voces
son ya tus manos crueles
para tomar la venganza,
rendido á tus pies me tienes.
Preso me trae mi delito,
tu amor es la cárcel fuerte,
las cadenas son mis yerros,
prisiones que el alma teme,
verdugo es mi pensamiento;
si son tus ojos los jueces,
y ellos me dan la sentencia,
por fuerza será de muerte.
Mas dirá entonces la fama
en su pregon: este muere
porque quiso, pues que sólo
es mi delito quererte.

No pienso darte disculpa,
no parezca que la tiene
tan grande error, sólo quiero
que me mates y te vengues.
Toma esta daga, y con ella
rompe un pecho que te ofende,
saca un alma que te adora,
y tu misma sangre vierte.
Y si no quieres matarme,
para que à vengarse llegue
tu padre, diré que estoy
en tu aposento.

Jul. Detente!
Y por última razon,
que he de hablarte eternamente,
has de hacer lo que te digo.

Eus. Yo lo concedo.

Jul. Pues vete
adonde guardes tu vida;
hacienda tienes, y gente
que te podrá defender.

Eus. Mejor serà que yo quede
sin ella; porque si vivo,
será imposible que deje
de adorarte, y no has de estar,
aunque un convento te encierre,
segura.

Jul. Guárdate tú,
que yo sabré defenderme.

Eus. Volveré yo á verte?

Jul. No.

Eus. No hay remedio?

Jul. No le esperes.

Eus. ¿Que al fin me aborreces ya?

Jul. Haré por aborrecerte.
Eus. Olvidarásme!
Jul. No sé.
Eus. Veréte yo?
Jul. Eternamente.
Eus. ¿Pues aquel pasado amor.....?
Jul. ¿Pues esta sangre presente.....?
La puerta abren; vete, Eusebio.
Eus. Iré por obedecerte.
¡Que no he de volverte à ver!
Jul. ¡Que no has de volver á verme!
Suena ruido, vanse los dos, cada uno por su parte, y entran el cuerpo algunos criados.

JORNADA II.

Disparan dentro un arcabuz, y salen Ricardo, Celio y Eusebio en trage de bandoleros, con arcabuces.

Ric. Pasó el plomo violento
su pecho.
Cel. Y hace el golpe mas sangriento
que con su sangre la tragedia imprima
en tierna flor.
Eus. Ponle una cruz encima,
y perdónele Dios.
Ric. Las devociones.
nunca faltan del todo á los ladrones.
(*Vanse Ricardo y Celio.*
Eus. Y pues mis hados fieros
me traen á capitan de bandoleros,
llegarán mis delitos
á ser, como mis penas, infinitos.
Como si diera murte
á Lisardo à traicion, de aquesta suerte
mi patria me persigue,
porque su furia y mi despecho obligue

á que guarde una vida,
siendo de tantas bàrbaro homicida.
Mi hacienda me ha quitado,
mis villas confiscado,
y à tanto rigor llegan,
que el sustento me niegan.
No toque pasagero
el tèrmino del monte, si primero
no rinde hacienda y vida.

Salen Ricardo y bandoleros con Alberto.

Ric. Llegando á ver la boca de la herida.
escucha, capitan el mas estraño
suceso.
Eus. Ya deseo el desengaño.
Ric. Hallé el plomo desecho
en este libro que tenia en el pecho
sin haber penetrado,
y al caminante sólo desmayado:
vesle aquí sano y bueno.
Eus. De espanto estoy y admiraciones lleno.
¿Quién eres, venerable
caduco, á quien los cielos admirable
han hecho con prodigio milagroso?
Alb. Yo soy, oh capitan, el mas dichoso
de cuantos hombres hay; que he merecido
ser sacerdote indigno, y he leido
en Bolonia sagrada teología
cuarenta y cuatro años con desvelo;
diòme Su Santidad, pòr este zelo,
de Trento el obispado,
premiando mis estudios; y admirado
yo de ver, que tenía
cuenta de tantas almas,

y que apénas la daba de la mia,
los laureles dejé, dejé las palmas.
y huyendo los engaños,
vengo á buscar seguros desengaños
en estas soledades,
donde viven desnudas las verdades.
Paso à Roma, á que el Papa me conceda
licencia, capitan, para que pueda
fundar un órden santo de eremitas,
mas tu saña atrevida
quita el hilo á mi suerte y à la vida.

Eus. ¡Qué libro es éste, di?

Alb. Este es el fruto
que rinde á mis estudios el tributo
de tantos años.

Eus. ¿Qué es lo que contiene?

Alb. El trata del orígen verdadero
de aquel divino y celestial madero,
en que animoso y fuerte,
muriendo, triunfó Cristo de la muerte.
El libro, en fin, se llama
milagros de la cruz.

Eus. ¡Qué bien la llama
de aquel plomo inclemente
màs que la cera, se mostró obediente!
¡Pluguiera á Dios, mi mano
àntes, que blanco su papel hiciera
de aquel golpe tirano,
entre su fuego ardiera!
Lleva ropa y dinero
y la vida, sólo este libro quiero;
y vosotros salidle acompañando
hasta dejarle libre.

Alb ¡Iré rogando

al Señor, te dé luz para que veas
el error en que vives.
Eus. Si deseas
mi bien, pídele á Dios que no permita
muera sin confesion.
Alb. Yo te prometo
seré ministro en tan piadoso efeto,
y te doy mi palabra,
(tanto en mi pecho tu clemencia labra)
que si me llamas en cualquiera parte,
dejaré mi desierto
por ir á confesarte:
un sacerdote soy, mi nombre Alberto,
Eus. ¿Tal palabra me das?
Alb. Y la confieso
con la mano.
Eus. Otra vez tus plantas beso.
(*Vase Alberto con Ricardo y los bandoleros.*

Sale Chilindrina.

Chil. Hasta venir á hablarte.
el monte atravesè de parte á parte.
Eus. Qué hay, amigo?
Chil. Dos nuevas harto malas.
Eus. A mi temor el sentimiento igualas.
¿Qué son?
Chil. Es la primera,
(decirla no quisiera)
que al padre de Lisardo
han dado...
Ens. Acaba, que el efecto aguardo.
Chil. Comision de prenderte ó de matarte.
Eus. Esotra nueva temo
mas, porque en un confuso estremo

al corazon parece que camina
toda el alma adivina
de algun futuro daño.
¿Qué ha sucedido?
Chil. A Julia....
Eus. No me engaño
en prevenir tristezas,
si para ver mi mal, por Julia empiezas.
Julia no me dijiste?
Pués eso basta para verme triste.
Mal haya amen la rigurosa estrella
que me obligò à querella.
En fin, Julia, prosigue.
Chil. En un convento
seglar está.
Eus. Ya falta el sufrimiento!
¡Que el cielo me castigue
con tan grandes venganzas,
de perdidos deseos,
de muertas esperanzas,
que de los mismos cielos,
por quien me deja, vengo á tener zelos!
Mas ya tan atrevido,
que viviendo matando,
me sustento robando,
no puedo ser peor de lo que he sido:
despéñese el intento,
pues ya se ha despeñado el pensamiento.
Llama á Celio y Ricardo. (¡Amando muero!)
Chil. Voy por ellos (*vase.*
Eus. Ve, y diles que aquí espero.
Asaltaré el convento que la guarda.
Ningun grave castigo me acobarda;
que por verme señor de su hermosura,

tirano amor me fuerza
à acometer la fuerza,
á romper la clausura,
y á violar el sagrado;
que ya del todo estoy desesperado.
Pues si no me pusiera
amor en tales puntos,
sólamente lo hiciera
por cometer tantos delitos juntos.

Salen Gil y Menga.

Men. ¡Mas que encontramos con él
segun mezquina nací!
Gil. Menga,? yo no voy aquì?
No temas ese cruel
capitan de buñuleros,
ni el hallarlo te alborote
que honda llevo yo, y garrote.
Men. Temo, Gil, sus hechos fieros;
si no, à Silvia á mirar ponte,
cuando aqui la acometió;
que doncella al monte entró
y dueña salió del monte,
que no es peligro pequeño.
Gil. Conmigo fuera cruel,
que tambien entro doncel,
y pudiera salir dueño. (*Reparan en Eusebio.*
Men. Ha señor, que va perdido,
que anda Eusebio por aquí.
Gil. No eche, señor, por ahí.
Eus. Estos no me han conocido. (*aparte.*
y quiero disimular.
Gil. ¿Quiere que aquese ladron
le mate?
Eus. Villanos son.— (*aparte,*

¿Con qué podré yo pagar
éste aviso?
Gil. Con huir
de ese bellaco.
Men. Si os coge,
señor, aunque no le enoje
ni vuestro hacer ni decir,
luego os matará; y creed,
que con poner, tras la ofensa
una cruz encima, piensa
que os hace mucha merced.

Salen Ricardo y Celio.

Ric. Dónde le dejaste?
Cel. Aquí.
Gil. Es un ladron, no le esperes.
Ric. Eusebio, qué es lo que que quieres?
Gil. Eusebio le llamó?
Men. Sí.
Eus. Yo soy Eusebio; ¿qué os mueve
contra mí? No hay quien responda?
Men. Gil, tienes garrote y honda?
Gil. Tengo el diabro que te lleve.
Cel. Por los apacibles llanos
que hacen del monte la falda,
á quien guarda el mar la espalda,
vi un escuadron de villanos
que armado contra ti viene,
y pienso que se avecina;
que así Curcio determina
la venganza que previene.
Mira que piensas hacer;
junta tu gente, y partamos.
Eus. Mejor es que ahora huyamos,

que esta noche hay mas que hacer.
Venid conmigo los dos,
de quien justamente fio
la opinion y el honor mio.
Ric. Muy bien puedes, que por Dios
que he morir á tu lado.
Eus. Villanos, vida teneis,
solo porque le lleveis
á mí enemigo un recado.
Decid á Curcio, que yo
con tanta gente atrevida
sólo defiendo la vida,
pero que le busco no.
Y que no tiene ocasion
de buscarme desta suerte,
pues no dí á Lisardo muerte
con engaño ó con traicion.
Cuerpo á cuerpo le matè,
sin ventaja conocida,
y ántes de acabar la vida
en mis brazos le llevé
adonde se confesó;
digna accion para estimarse.
Mas que si quiere vengarse,
que he de defenderme yo. —
Y agora, porque no vean (*á los bandoleros.*
aquestos por donde vamos,
atadlos entre estos ramos,
vendados sus ojos sean,
porque no avisen.
Ric. Aquí
hay cordel.
Cel. Pues llega presto.
Cil. De San Sebastian me han puesto.

Men. De San Sebastian á mí.
Mas ate cuanto quisiere,
señor, como no me mate.
Gil. Oye, señor, no me ate,
y puto sea yo si huyere.
Jura tú, Menga, tambien
este mismo juramento.
Cel. Ya están atados.
Eus. Mi intento
se va ejecutando bien;
la noche amenaza oscura
tendiendo su negro velo:
Julia, aunque te guarde el cielo,
he de gozar tu hermosura.
(*Vanse los bandoleros, dejando à Gil y Menga atados.*)
Gil. ¿Quién habrà que ahora nos vea,
Menga, aunque caro nos cueste,
que no diga que es aqueste
Peralvillo de la aldea?
Men. Vete llegando hácia aquí.
Gil, que yo no puedo andar.
Gil. Menga, venme á desatar,
y te desataré á ti
luego al punto.
Men. Ven primero
tú, que ya estás importuno.
Gil. Es decir, que vendrá alguno?
Pondré que falta un arriero
las tres ánades cantando
un caminante pidiendo,
un estudiante comiendo,
una santera rezando,
hoy en aqueste camino,
lo que à ninguno faltó:

mas la culpa tengo yo.
Dentro. Hácia esta parte imagino
que oigo voces; llegad presto.
Gil. Señor, en buena hora acuda
à desatar una duda
en que ha rato que estoy puesto.
Men. Si acaso buscais, señor.
por el monte algun cordel,
yo os puedo servir con él.
Gil. Este es mas gordo y mejor.
Men. Yo, por ser muger, espero
remedio en las ánsias mias.
Gil. No repare en cortesìas,
desátame à mí primero.

Salen Tirso. Bras, Cursio y Octavio.

Tirs. Hácia aquesta parte suena
la voz.
Gil. Que te quemas!
Tirs. Gil,
¿qué es esto?
Gil. El diabro es sutil;
desata, Tirso, y mi pena
te diré despues.
Curc. ¿Qué es esto?
Men. Venga en buen hora, señor,
à castigar un traidor.
Curc. Quién desta suerte os ha puesto?
Gil. ¿Quién? Eusebio, que en efeto
dice... Pero qué sé yo
lo que dice: él nos dejó
aquì en semejante aprieto.
Ters. No llores pues, que no ha estado
hoy mny poco liberal

contigo.
Bras. No lo ha hecho mal,
pues á Menga te ha dejado.
Gil. Ay Tirso, no lloro yo
porque piadoso no fué.
Tirs. Pues por qué lloras?
Gil. ¿Por qué?
porque á Menga me dejó:
la de Anton llevó, y al cabo
de seis, que no parecia,
halló á su muger un dia;
hicimos un baile bravo
de hallazgo, y gastó cien reales.
Bras. ¿Bartolo no se casó
con Catalina, y parió
á seis meses no cabales?
Y andaba con gran placer
diciendo: si tú le vieses.
lo que otra hace en nueve meses,
hace en cinco mi muger.
Tirs. Ello no hay honra segura.
Curc. ¿Qué esto llegue á escuchar yo.
de éste tirano? ¿quién vió
tan notable desventura?
Men. Como destruirle piensa;
que hasta las mismas mugeres
tomaremos, si tú quieres,
las armas para su ofensa.
Gil. Que aquí acude es lo mas cierto,
y toda esta procesion
de cruces que miras, son,
señor, por hombres que ha muerto.
Oct. Es aquí lo mas secreto
de todo el monte.

Curc. Y aquí
fué, cielos, donde yo vi
aquel milagroso efecto
de inocencia y castidad,
cuya beldad atrevido
tantas veces he ofendido
con dudas, siendo verdad
un milagro tan patente.
Oct. Señor, ¿qué nueva pasion
causa tu imajinacion?
Curc. Rigores que el alma siente,
son, Octavio; y mis enojos,
para publicar mi mengua,
como los niego á la lengua,
me van saliendo á los ojos.
Haz, Octavio, que me deje
solo esa gente que sigo,
porque aquí de mí y conmigo
hoy á los cielos me queje.
Oct. Ea, soldados, despejad.
Bras. ¿Qué decis?
Tirs. ¿Qué pretendeis?
Gil. Despiojad, ¿no lo entendeis?
que nos vamos á espulgar,
Curc. ¿A quién no habrá sucedido,
tal vez lleno de pesares,
descansar consigo á solas,
por no descubrirse á nadie?
Yo, à quien tantos pensamientos
á un tiempo aflijen, que hacen
con lágrimas y suspiros
competencia al mar y al aire,
compañero de mí mismo
en las mudas soledades

con la pension de mis bienes
quiero divertir mis males.
Ni las aves, ni las fuentes
sean testigos bastantes,
que al fin las fuentes murmuran,
y tienen lengua las aves,
No quiero más compañía
que aquestos rústicos sauces;
pues quien escucha y no aprende
será fuerza que no hable.
Teatro este monte fué
del suceso mas notable,
que entre prodigios de zelos
cuentan las antigüedades
de una inocente verdad.
¿Pero quién podrá librarse
de sospechas, en quien son
mentirosas las verdades?
Muerte de amor son los zelos,
que no perdonan á nadie,
ni por humilde le dejan,
ni le respetan por grave.
Aquí pues, donde yo digo,
Rosmira y yo.... de acordarme,
no es mucho què el alma tiemble,
no es mucho que la voz falte;
que no hay flor que no me asombre,
no hay hoja que no me espante,
no hay piedra que no me admire,
tronco que no me acobarde,
peñasco que no me oprima
monte que no me amenace;
porque todos son testigos
de una hazaña tan infame,

Saqué al fin la espada, y ella,
sin temerme y sin turbarse,
porque en riesgos de amor nunca
el inocente es cobarde,
esposo, dijo, detente;
no digo que no me mates,
si es tu gusto, porque yo
¿cómo he de poder negarte
la misma vida que es tuya?
Sólo te pido, que ántes
me digas por lo que muero,
y déjame que te abrace
Yo la dije: en tus entrañas,
como la víbora, traes
á quien te ha de dar la muerte.
Indicio ha sido bastante
el parto infame que esperas:
mas no le verás, que ántes,
dándote muerte, seré
verdugo tuyo y de un ángel.
Si acaso, me dijo entónces,
si acaso, esposo, llegaste
á creer flaquezas mias,
justo será que me mates.
Mas á esta cruz abrazada,
á esta que estaba delante,
prosiguió, doy por testigo
de que no supe agraviarte
ni ofenderte; que ella sola
será justo que me ampare.
Bien quisiera entónces yo,
arrepentido, arrojarme
á sus piés, porque se via
su inocencia en su semblante.

El que una traicion intenta.
ántes mire lo que hace;
porque una vez declarado,
aunque procure enmendarse,
por decir que tuvo causa,
lo ha de llevar adelante.
Yo pues, no porque dudaba
ser la disculpa bastante,
sino porque mi delito
más amparado quedase,
el brazo levanté airado,
tirando por varias partes
mil heridas; pero sólo
las ejecuté en el aire.
Por muerta al pié de la cruz
quedó, y queriendo escaparme,
á casa llegué, y halléla
con mas belleza que sale
el alba, cuando en sus brazos
nos presenta el sol infante.
Ella en sus brazos tenia
á Julia divina imágen
de hermosura y discrecion:
(¿qué gloria pudo igualarse
á la mia?) que su parto
habia sido aquella tarde
al mismo pié de la cruz;
y por divinas señales,
con que al mundo descubría
Dios un milagro tan grande,
la niña que habia parido
dichosa con señas tales,
tenía en el pecho una cruz
labrada de fuego y sangre.

Pero que tanta ventura
templaba el que se quedase
otra criatura en el monte;
que ella, entre penas tan graves,
sintió haber parido dos;
y yo entónces....

Sale Octavio.

Oct. Por el valle
atraviesa un escuadron
de bandoleros; y ántes
que cierre la noche triste,
será bien, señor, que bajes
á buscarlos, no oscurezca,
porque ellos el monte saben,
y nosotros no.

Cure: Pues junta
la gente vaya adelante;
que no hay gloria para mí
hasta llegar á vengarme, (*Vanse.*)

Sale Eusebio, Ricardo y Celio con una escala.

Ric. Llega con silencio y pon
á esa parte las escalas;

Eus. Icaro seré sin alas,
sin fuego seré Faeton:
escalar al sol intento,
y si me quiere ayudar
la luz, tengo de pasar
mas allà del firmamento.
Amor ser tirano enseña.
En subiendo yo, quitad
esa escala, y esperad
hasta que os haga una seña.

Quien subiendo se despeña,
suba hoy y baje ofendido,
en cenizas convertido;
que la pena del bajar,
no será parte á quitar
la gloria de haber subido.

Ric. ¿Qué esperas?

Cel. ¿Pues qué rigor
tu altivo orgullo embaraza?

Eus. ¿No veis cómo me amenaza
un vivo fuego?

Ric. Señor,
fantasmas son del temor.

Eus. ¿Yo temor?

Cel. Sube.

Eus. Ya llego,
aunque à tantos rayos ciego,
Por las llamas he de entrar,
que no lo podrà estorbar
de todo el infierno el fuego. (*Sube y entra.*)

Cel. Ya entró.

Ric. Alguna fantasía
de su mismo horror fundada,
en la idea acreditada,
ó alguna ilusion sería.

Gil. Quita la escala.

Ric. Hasta el dia
aquì le hemos de esperar.

Cel. Atrevimiento fué entrar,
aunque yo de mejor gana
me fuera con mi villana;
más despues habrá lugar. (*Vanse.*)

Sale Eusebio.

Eus. Por todo el convento he andado
sin ser de nadie sentido,
y por cuanto he discurrido,
de mi destino guiado,
á mil celdas he llegado
de religiosas, que abiertas
tienen las estrechas puertas,
y en ninguna á Julia vi.
¿Dónde me llevais así,
esperanzas siempre inciertas?
¡Qué horror! qué silencio mudo!
¡qué oscuridad tan funesta!
luz hay aquí; celda en esta,
y en ella Julia. ¿Qué dudo?
(*Corre una cortina, y está Julia durmiendo.*
¿Tan poco el valor ayudo,
que ahora en hablarla tardo?
¿Qué es lo que espero? ¿qué aguardo?
Mas con impulso dudoso,
si me animo temeroso,
animoso me acobardo.
Más belleza la humildad
deste traje la asegura;
que en la mujer la hermosura
es la misma honestidad.
Su peregrina beldad,
de mi torpe amor objeto,
hace en mi mayor efeto;
que á un tiempo á mi amor incito
con la hermosura apetito,
con la honestidad respeto,
¡Julia! ¡Ah Julia!

Jul. Quièn me nombra?
Mas cielos, ¿qué es lo que veo?
¿Eres sombra del deseo,
ó del pensamiento sombra,
Eus. ¿Tanto el mirarme te asombra?
Jul. ¿Pues quién habrà que no intente
huir de tí?
Eus. Julia detente.
Jul. ¿Qué quieres, forma fingida,
de la idea repetida,
sólo á la vista aparente?
¿Eres, para pena mia,
voz de la imajinacion?
¿retrato de la ilusion?
¿cuerpo de la fantasìa
¿fantasma en la noche fría?
Eus. Julia, escucha, Eusebio soy,
que vivo á tus piés estoy;
que si el pensamiento fuera,
siempre contigo estuviera.
Jul. Desengañándome voy
con oirte, y considero
que mi recato ofendido
más te quisiera fingido,
Eusebio, que verdadero;
donde yo llorando muero,
donde yo vivo penando.
¿Què quieres? ¡estoy temblando!
¿qué buscas? ¡estoy muriendo!
¿qué emprendes? ¡estoy temiendo!
¿qué intentas? ¡estoy dudando!
¿Cómo has llegado hasta aquí?
Eus. Todo es estremos amor,
y mi pena y tu rigor

hoy han de triunfar de mi.
Hasta verte aquí, sufrí
con esperanza segura;
pero viendo tu hermosura
perdida, he atropellado
el respeto de sagrado,
y la ley de la clausura.
De lo cierto ú de lo injusto
los dos la culpa tenemos,
y en mi vienen dos estremos,
que son la fuerza y el gusto.
No puede darle disgusto
al cielo mi pretension;
ántes desta ejecucion,
casada eres en secreto,
y no cabe en un sugeto
matrimonio y religion.
Jul. No niego el lazo amoroso,
que hizo con felicidades
unir à dos voluntades,
que fué su efecto forzoso,
que te llamé amado esposo;
y que todo eso fué así
confieso; pero ya aquí,
con voto de religiosa,
à Cristo de ser su esposa
mano y palabra le di.
Ya soy suya, ¿qué me quieres?
Vete, porque el mundo asombres,
donde mates á los hombres,
donde fuerces las mugeres.
Vete, Eusebio; ya no esperes
fruto de tu loco amor;
para que te cause horror,

que estoy en sagrado piensa.
Eus. Cuanto es mayor tu defensa,
es mi apetito mayor.
Ya las paredes salté
del convento, ya te vi;
no es amor quien vive en mí,
causa mas oculta fué.
Cumple mi gusto, ò diré
que tú misma me has llamado,
que me has tenido encerrado
en tu celda muchos dias:
y pues las desdichas mias
me tienen desesperado,
daré voces: sepan....
Jul. Tente,
Eusebio, mira.... (¡ay de mí!)
pasos siento por aquì,
al coro atraviesa gente.
¡Cielos, no sé lo que intente!
Cierra esa celda, y en ella
estarás, pues atropella
un temor á otro temor.
Eus. ¡Qué poderoso es mi amor!
Jul. ¡Qué rigurosa es mi estrella! *(vanse.*

Salen Ricardo y Celio.

Ric. Ya son las tres, mucho tarda,
Cel. El que goza su ventura,
Ricardo, en la noche oscura,
nunca el claro sol aguarda.
Yo apuesto que le parece
que nunca el sol madrugó
tanto, y que hoy apresuró
su curso.

Ric. Siempre amanece
más temprano à quien desea;
pero al que goza mas tarde.
Cel. No creas que al sol aguarde
que en el oriente se vea.
Ric. Dos horas son ya.
Cel. No creo
que Eusebio lo diga.
Ric. Es justo;
porque al fin son de su gusto
las horas de tu deseo.
Cel. ¿No sabes lo que he llegado
hoy, Ricardo, á sospechar?
que Julia le envió á llamar.
Ric. Pues si no fuera llamado,
¿quién á escalar se atreviera
un convento?
Cel. ¿No has sentido,
Ricardo, à esta parte ruido?
Ric. Sí.
Cel. Pues llega la escalera.

Salen por lo alto Julia y Eusebio.

Eus. Déjame, muger.
Jul. ¿Pues cuando
vencido de tus deseos,
movida de tus suspiros,
obligada de tus ruegos,
de tu llanto agradecida,
de voces à Dios ofendo,
como á Dios, y como á esposo,
mis brazos dejas, haciendo
sin esperanzas desdenes,
y sin posicion desprecios?

¿Dónde vas?
Eus. Muger ¿qué intentas?
Déjame, que voy huyendo
de tus brazos, porqne he visto
no sé qué deidad en ellos.
Llamas arrojan tus ojos,
tus suspiros son de fuego,
un volcan cada razon,
un rayo cada cabello,
cada palabra es mi muerte,
cada regalo un infierno:
tantos temores me causa
la cruz que he visto en tu pecho;
señal prodigiosa ha sido,
y no permitan los cielos
que, aunque tanto los ofenda,
pierda á la cruz el respeto.
Pues si la hago testigo
de las culpas que cometo,
¿con que vergüenza despues
llamarla en mi ayuda puedo?
Quédate en tu religion.
Julia, yo no te desprecio,
que más ahora te adoro.
Jul. Escucha, detente, Eusebio.
Eus. Esta es la escala.
Jul. Detente,
ó llévame allà.
Eus. No puedo, (*baja.*
pues qué, sin gozar la gloria
que tanto esperé, te dejo.
Válgame el cielo! caì.
Ric. Qué ha sido? (*cae,*
Eus. ¿No veis el viento

poblado de ardientes rayos?
¿No mirais sangriento el cielo,
que todo sobre mì viene?
¿Dónde estar seguro puedo,
si airado el cielo se muestra?
Divina cruz, yo os prometo,
y os hago solemne voto
con cuantas cláusulas puedo,
de en cualquier parte que os vea,
las rodillas por el suelo,
rezar un Ave María.

(*Levántase, y vanse los tres, dejando la escala puesta.*)

Jul. Turbada y confusa quedo.
¿Aquestas fueron, ingrato,
las firmezas? ¿Estos fueron
los estremos de tu amor?
¿ó son de mi amor estremos?
Hasta vencerme á tu gusto.
con amenazas, con ruegos,
aquí amante, allí tirano,
porfiaste; pero luego
que de tu gusto y mi pena
pudiste llamarte dueño,
ántes de vencer huiste.
¿Quién, sino tú, venció huyendo?
¡Muerta soy, cielos piadosos!
¡Por qué introdujo venenos
naturaleza, si había,
para dar muerte, desprecios?
Ellos me quitan la vida,
pues que con nuevo tormento
lo que me desprecia busco.
¿Quién vió tan dudoso efecto
de amor? Cuando me rogaba

con mil làgrimas Eusebio,
le dejaba; pero ahora,
porque él me deja, le ruego.
Tales somos las mugeres,
que contra nuestros deseos,
aun no queremos dar gusto
con lo mismo que queremos.
Ninguno nos quiera bien,
si pretende alcanzar premio;
que queridas despreciamos,
y aborrecidas queremos.
No siento que no me quiera,
solo que me deje siento.
¿Por aquí cayó, tras él
me arrojaré. Mas qué es esto?
¿Esta no es escala? Sí.
¡Qué terrible pensamiento!
Detente, imaginacion,
no me despeñes; que creo
que si llego á consentir,
á hacer el delito llego.
¿No saltó Eusebio por mí
las paredes del convento?
¿No me holgué de verle yo
en tantos peligros puesto
por mi causa? pues ¿qué dudo?
¿qué me acobardo? ¿qué temo?
Lo mismo haré yo en salir
que él en entrar? si os lo mismo,
tambien se holgarà de verme
por su causa en tales riesgos.
Ya por haber consentido,
la misma culpa merezco;
¿pues si es tan grande el pecado,

por qué el gusto ha de ser ménos?
¿Si consentí, y me dejó
Dios de su mano, no puedo
de una culpa, que es tan grande,
tener perdon? pues ¿qué espero?
(*Baja por la escala.*)
Al mundo, al honor, á Dios
hallo perdido el respeto,
cuando á ceguedad tan grande
vendados los ojos vuelvo.
Demonio soy, que he caido
despeñado deste cielo,
pues sin tener esperanza
de subir, no me arrepiento.
Ya estoy fuera de sagrado,
y de la noche el silencio
con su oscuridad me tiene
cubierta de horror y miedo.
Tan deslumbrada camino,
que en las tinieblas tropiezo,
y áun no caigo en mi pecado.
¿Dónde voy? ¿qué hago? ¿qué intento?
Con la muda confusion
de tantos errores, temo
que se me altere la sangre,
que se me erize el cabello.
Turbada la fantasía,
en el aire forma cuerpos,
y sentencias contra mí
pronuncia la voz del eco.
El delito, que ántes era
quien me animaba soberbio,
es quien me acobarda ahora.
Apénas las plantas puedo

mover, que el mismo temor
grillos á mis piés ha puesto.
Sobre mis hombres parece
que carga un prolijo peso
que me oprime, y toda yo
estoy cubierta de hielo.
No quiero pasar de aquí,
quiero volverme al convento,
donde de aqueste pecado
alcance perdon; pues creo
de la clemencia divina,
que no hay luces en el cielo,
que no hay en el mar arenas,
no hay átomos en el viento,
que, sumados todos juntos,
no sean número pequeño
de los pecados que sabe
Dios perdonar. Pasos siento,
á esta parte me retiro
en tanto que pasan; luego
subiré sin que me vean.

Salen Ricardo y Celio.

Ric. Con el espanto de Eusebio
aquì se quedó la escala,
y ahora por ella vuelvo,
no aclare el dia y la vean
á esta pared.

(*Quitan la escala y vánse y Julia llega donde estaba la escala.*)

Jul. Ya se fueron;
ahora podré subir
sin que me sientan. ¿Qué es esto?
¿No es aquesta la pared

de la escala? Pero creo
que hácia estotra parte está.
Ni aquí tampoco está. ¡Cielos!
¿Como he de subir sin ella?
Mas ya mi desdicha entiendo;
desta suerte me negais
la entrada vuestra, pues creo
que, cuando quiero subir
arrepentida, no puedo.
Pues si ya me habeis negado
vuestra clemencia, mis hechos
de muger desesperada
daràn asombros el cielo,
darán espantos al mundo,
admiracion à los tiempos,
horror al mismo pecado,
y terror al mismo infierno.

JORNADA III.

Sale Gil con muchas cruces, y una muy gran de en el pecho.

Gil. Por leña á este monte voy,
que Menga me lo ha mandado,
y para ir seguro, he hallado
una brava invencion hoy.
De la cruz, dicen, que es
devoto Eusebio; y asì
he salido armado aquì
de la cabeza á los pies.
Dicho y hecho; él es par diez!
No encuentro, lleno de miedo,
donde estar seguro puedo;

sin alma quedo. Esta vez,
no me ha visto, yo quisiera
esconderme hàcia este lado.
Mientras pasa, yo he tomado
por guarda una cambronera
para esconderme. No es nada,
tanta pua es la mas chica:
¡pléguete Cristo! mas pica
que perder una trocada,
mas que sentir un desprecio
de una dama Fierabrás,
que á todos admite, y más
que tener celos de un necio.

Sale Eusebio:

Eus. No sé à donde poder ir;
larga vida un triste tiene,
que nunca la muerte viene
à quien le cansa el vivir.
Julia yo me vi en tus brazos;
cuando tan dichoso era;
que de tus brazos pudiera
hacer amor nuevos lazos.
Sin gozar al fin dejé
la gloria que no tenia;
mas no fué la causa mia,
causa mas secreta fué;
pues teniendo mi albedrío,
superior efecto ha hecho,
que yo respeté en tu pecho
la cruz que tengo en el mio.
Y pues con ella los dos,
¡ay Julia! habemos nacido,
secreto misterio ha sido

que lo entiende sólo Dios.
Gil. Mucho pica, ya no puedo (*aparte.*
mas sufrillo.
Eus. Entre estos ramos
hay gente. ¿Quién va?
Gil. Aquí echamos
á perder todo el enredo.
Eus. Un hombre á un árbol atado,
y una cruz al cuello tiene;
cumplir mi voto conviene
en el suelo arrodillado.
Gil. ¿A quién, Eusebio, enderezas
la oracion, ú de que tratas?
Si me adoras, ¿qué me atas?
si me atas, ¿qué me rezas?
Eus. Quén es?
Gil. A Gil no conoces?
Desde que con el recado
aquí me dejaste atado,
no han aprovechado voces
para que alguien (que rigor)
me llegase á desatar.
Eus. Pues no es aqueste el lugar
donde te dejé.
Gil. Señor:
es verdad: mas yo que vi
que nadie llegaba, he andado,
de árbol en árbol atado,
hasta haber llegado aquí.
Aquesta la causa fué
de suceso tan estraño.
Eus. Este es simple, y de mi daño (*aparte.*
cualquier suceso sabré.—
Gil, yo te tengo aficion

desde que otra vez hablamos,
y aquí quiero que seamos
amigos.
Gil. Tiene razon;
y quisiera, pues nos vemos
tan amigos, no ir allà,
sino andarme por acá,
pues aquí todos serémos
buñuleros, que diz que es
holgada vida, y no andar
todo el año á trabajar.
Eus. Quédate conmigo pues.

Sale Ricardo y bandoleros, y traen á Julia vestida de hombre y cubierta el rostro.

Ric. En lo bajo del camino,
que esta montaña atraviesa,
ahora hicimos una presa,
que segun es, imagino
que te dè gusto.
Eus. Está bien,
luego della tratarémos.
Sabe ahora que tenemos
un nuevo soldado.
Ric. Quién?
Gil. Gil; no me vé?
Eus. Este villano,
aunque lé veis inocente,
conoce notablemente
desta tierra monte y llano,
y en él será nuestra guía:
fuera desto, al campo irà
del enemigo, y serà
en él mi perdida espía.
Arcabuz le podeis dar,

y un vestido.
Cel. Ya está aquì.
Gil. Tengan lástima de mí,
que me quedo á embandolear.
Eus. ¿Qién es ese gentil hombre
que el rostro encubre?
Ric. No ha sido
posible que haya querido
decir la patria, ni el nombre;
porque al capitan no màs
dice que lo ha de decir.
Eus. Bien te puedes descubrir,
pues ya en mi presencia estás,
Jul. Sois el capitan?
Eus. Sí.
Jul. ¡Ay Dios! (*aparte.*)
Eus. Dime quién eres, y á qué
veniste.
Jul. Yo lo diré
estando solos los dos.
Eus. Retiraos todos un poco.
(*Vanse y quedan los dos solos.*)
Ya estás à solas conmigo,
sólo árboles y flores
pueden ser mudos testigos
de tus voces; quita el velo
con que cubierto has traido
el rostro, y dime: ¿quién eres?
¿dónde vas? ¿qué has pretendido?
Habla.
Jul. Porque de una vez (*saca la espada.*)
sepas à lo que he venido,
y quien soy, saca la espada;
pues desta manera digo

que soy quien viene à matarte.
Eus. Con la defensa resisto
tu osadía y mi temor,
porque mayor habia sido
de la accion, que de la voz.
Jul. Riñe, cobarde, conmigo,
y verás que con tu muerte
vida y confusion te quito.
Eus. Yo por defenderme, mas
que por ofenderte, riño,
que ya tu vida me importa;
pues si en este desafío
te mato no sé por qué,
y si me matas, lo mismo.
Descúbrete ahora pues,
si te agrada.
Jul. Bien has dicho,
porque en venganzas de honor,
sino es que conste el castigo
al que fué ofensor, no queda
satisfecho el ofendido. (*descúbrese.*)
¿Conócesme? ¿qué te espantas?
¿qué me miras?
Eus. Que rendido
á la verdad y á la duda
en confusos desvaríos,
me espanto de lo que veo,
me asombro de lo que miro.
Jul. Ya me has visto.
Eus. Sì, y de verte
mi confusion ha crecido
tanto, que si ántes de ahora
alterados mis sentidos
desearon verte, ya

desengañados, lo mismo
que dieran àntes por verte,
dieran por no haberte visto.
¿Tú, Julia, en éste monte?
¿Tú con profano vestido,
dos veces violento en ti?
¿Cómo sola aquí has venido?
¿Qué es esto?

Jul. Desprecios tuyos
son, y desengaños mios,
Y porque veas que es flecha
disparada ardiente tiro,
veloz rayo, una muger
que corre tras su apetito,
no sólo me han dado gusto
los pecados cometidos
hasta ahora, mas tambien
me le dan, si los repito,
Salí del convento, fuí
al monte, y porque me dijo
un pastor, que mal guiada
iba por aquel camino,
neciamente temerosa,
por evitar mi peligro,
le aseguré y le di muerte
siendo instrumento un cuchillo
que él en su cinta traìa.
Con este, que fué ministro
de la muerte, á un caminante,
que cortesmente previno
en las ancas de un caballo
á tanto cansancio alivio,
á la vista de una aldea,
porque entrar en ella quiso,

le pagué en un despoblado
con la muerte el beneficio.
Tres dias fueron y noches
los que aquel desierto me hizo
mesa de silvestres plantas,
lecho de peñascos frios.
Llegué á una pobre cabaña,
á cuyo techo pajizo
juzgué pabellon dorado
en la paz de mis sentidos.
Liberal huéspeda fué
una serrana conmigo,
compitiendo en los deseos
con el pastor su marido.
A la hambre y al cansancio
dejé en su albergue rendido
con buena mesa, aunque pobre
manjar, aunque humilde, limpio.
Pero al despedirme dellos,
habiendo ántes prevenido
que al buscarme no pudiesen
decir: nosotros la vimos;
al cortés pastor, que al monte
salió á enseñarme el camino,
maté, y entré donde luego
hago en su muger lo mismo.
Mas considerando entónces
que en el propio trage mio
mi pesquisidor llevaba,
mudármele determino.
Al fin pues, por varios casos
con las armas y el vestido
de un cazador, cuyo sueño,
no imágen, trasunto vivo

fué de la muerte, llegué
aquí, venciendo peligros,
despreciando inconvenientes
y atropellando designios.

Eus. Con tanto asombro te escucho,
con tanto temor te miro,
que eres al oido encanto,
si á la vista basilisco.
Julia, yo no te desprecio,
pero temo los peligros
con que el cielo me amenaza,
y por eso me retiro.
Vuélvete tú á tu convento;
que ya temeroso vivo
de esa cruz, tanto que huyo
de ti.—Mas qué es este ruido?

Salen los bandoleros.

Ric. Preven, señor, la defensa;
que apartados del camino,
al monte Curcio y su gente
en busca tuya han salido.
(De todas esas aldeas
tanto el número ha crecido,
que han venido contra ti
viejos, mugeres y niños)
diciendo que ha de vengar
en tu sangre la de un hijo
muerto à tus manos, y jura
de llevarte por castigo,
ó por venganzas de tantos,
preso á Sena, muerto ó vivo.

Eus. Julia, despues hablaremos.
Cubre el rostro, y ven conmigo;
que no es bien que en poder quedes

de tu padre y mi enemigo.—
Soldados, éste es el dia
de mostrar aliento y brio.
Porque ninguno desmaye,
considere que atrevidos
vienen á darnos la muerte,
ó prendernos, que es lo mismo:
y si no, en pública cárcel,
de desdichas perseguidos,
y sin honra nos verémos.
Pues si esto hemos conocido,
¿por la vida y por la honra,
quién temió el mayor peligro?
No piensen que los tememos,
salgamos á recibirlos;
que siempre está la fortuna
de parte del atrevido,

Ric. No hay que salir; que ya llegan
à nosotros.

Eus. Prevenìos,
y ninguno sea cobarde;
que ¡vive el cielo! si miro
huir alguno ó retirarse,
que he ensangrentar los filos
de aqueste acero en su pecho
primero que en mi enemigo.

Curc. (*dentro*) En lo cubierto del monte
al traidor Eusebio he visto,
y para inútil defensa
hace murallas sus ricos.

Otros. (*dentro*) Ya entre las espesas ramas
desde aquì los descubrimos.

Jul. A ellos! (*vase.*)

Eus. Esperad, villanos;

que ¡vive Dios! que teñidos
con vuestra sangre los campos
han de ser undosos rios.

Ric. De los cobardes villanos
es el número escesivo.

Curc. (*dentro*) ¿Adónde, Eusebio, te escondes?

Eus. No me escondo, ya te sigo.

(*Vanse todos, y disparan arcabuces dentro.*)

Sale Julia.

Jul. Del monte que yo he buscado
apènas las yerbas piso,
cuando horribles voces oigo,
marciales campañas miro:
de la pólvora los ecos,
y del acero los filos,
unos ofenden la vista,
y otros turban el oido.
¿Mas qué es aquello que veo?
Desbaratado y vencido
todo el escuadron de Eusebio
le deja ya al enemigo,
Quiero volver á juntar
toda la gente que ha habido
de Eusebio, y volver á darle
favor; que si los animo,
seré en su defensa asombro
del mundo, seré cuchillo
de la parca, estrago fiero
de sus vidas, vengativo
espanto de los futuros,
y admiracion destos siglos. (*vase.*

Sale Gil de bandolero.

Gil. Por estar seguro, apenas
fuì bandolero nocivo,

cuando, por ser bandolero,
me veo en tanto peligro.
Cuando yo era labrador,
eran ellos los vencidos;
y hoy, porque soy de la carda,
va sucediendo lo mismo.
Sin ser avariento traigo
la desventura conmigo;
pues tan desgraciado soy,
que mil veces imagino
que, á ser yo judío, fueran
desgraciados los judíos.

Salen Menga, Bras, Tirso y otros villanos

Men. ¡A ellos, que van huyendo?
Bras. No ha de quedar uno vivo
tan solamente.
Men. Hácia aquí
una de ellos se ha escondido.
Bras. Muera este ladron.
Gil. Mirad,
que yo soy.
Men. Ya nos ha dicho
el traje que es bandolero.
Gil. El trage les ha mentido,
como muy grande bellaco.
Men. Dale tú.
Bras. Pégale digo.
Gil. Bien dado estoy y pegado;
advertid.
Tirs. No hay que advertiros,
bandoleros sois.
Gil. Mirad
que soy Gil, votado à Cristo!
Men. ¿Pues no hablaras àntes, Gil?

Tirs. ¿Pues, Gil, no la hubieras dicho?
Gil. ¿Qué mas àntes, si el yo soy
os dije desde el principio?
Men. ¿Qué haces aquí?
Gil. ¿No lo veis?
Ofendo á Dios, en el quinto.
mato solo más, que juntos
un médico y un estío.
Men. Qué trage es éste?
Gil. Es el diablo.
Maté á uno, y su vestido
me puse.
Men. ¿Pues cómo, di,
no està de sangre teñido,
si le mataste?
Gil. Eso es fàcil;
murió de miedo, esta ha sido
la causa.
Men. Ven con nosotros,
que victoriosos seguimos
los bandoleros, que ahora
cobardes nos han huido.
Gil. No más vestido, aunque vaya
titiritando de frio. (*vanse.*)

Salen peleando Eusebio y Curcio.

Curc. Ya estamos solos los dos,
gracias al cielo que quiso
dar la venganza à mi mano
hoy, sin haber remitido
á las agena mi agravio,
ni tu muerte à agenos filos.
Eus. No ha sido en esta ocasion
airado el cielo conmigo,
Curcio, en haberte encontrado;

porque si tu pecho vino
ofendido, volverá
castigado y ofendido.
Aunque no sé qué respeto
has puesto en mí, que he temido
más tu enojo que tu acero:
y aunque pudieran tus brios
darme temor, solo temo,
cuando aquesas canas miro,
que me hacen cobarde.

Curc. Eusebio,
yo confieso que has podido
templar en mí de la ira,
con que agraviado te miro.
gran parte; pero no quiero
que pienses inadvertido,
que te dan temor mis canas,
cuando puede el valor mio.
Vuelve à reñir, que una estrella,
ó algun favorable signo,
no es bastante á que yo pierda
la venganza que consigo.
Vuelve à reñir.

Eus ¿Yo temor?
Neciamente has presumido
que es temor lo que es respeto;
aunque, si verdad te digo,
la victoria que deseo
es, á tus plantas rendido,
pedirte perdon; y á ellas
pongo la espada que ha sido
temor de tantos.

Curc. Eusebio.
no has de pensar que me animo

á matarte con ventaja;
esta es mi espada. (Así quito (*aparte.*
la ocasion de darle muerte.)
Ven á los brazos conmigo.
(*Abrázanse los dos, y luchan.*)

Eus. No sé qué efecto has hecho
en mí, que el corazon dentro del pecho,
á pesar de venganzas y de enojos,
en làgrimas se asoma por los ojos,
y en confusion tan fuerte.
quisiera, por vengarte, darme muerte.
Véngate en mì; rendida
á tus plantas, señor, está mi vida.

Curc. El acero de un noble, aunque ofendido,
no se mancha en la sangre de un rendido,
que quita gran parte de la gloria
el que con sangre borra la victoria.

Dent. Hácia aquí están.

Curc. Mi jente victoriosa
viene á buscarme, cuando temorosa
la tuya vuelve huyendo.
Darte vida pretendo;
escóndete, que en vano
defenderè el enojo vengativo
de un escuadron villano,
y solo tú, imposible es quedar vivo.

Eus. Yo, Curcio, nunca huyo
de otro poder, aunque he temido el tuyo;
que si mi mano aquesta espada cobra,
verás cuando valor en ti me falta,
que en tu gente me sobra.

Salen Octavio y todos los villanos.

Oct. Desde el más hondo valle á la más alta
cumbre de aqueste monte no ha quedado

alguno vivo; solo se ha escapado
Eusebio, porque huyendo aquesta tarde...
Eus. Mientes; que Eusebio nunca fué cobarde.
Todos. Aquí está Eusebio. ¡Muera!
Eus. Llegad, villanos!
Curc. ¡Tente, Octavio, espera!
Oct. ¿Pues tù, señor, que habias
de animarnos, ahora desconfias?
Bra. Un hombre amparas que en tu sangre y honra
introdujo el acero y la deshonra?
Gil. ¿A un hombre, que atrevido
toda aquesta montaña ha destruido?
¿A quien en el aldea no ha dejado
melon doncella, que él no haya catado?
Y á quien tantos ha muerto
¿cómo así le defiendes?
Oct. ¿Qué es, señor, lo ¿qué dices? que pretendes?
Curc. Esperad, escuchad, (triste suceso!)
¿Cuando es mejor que á Sena vaya preso?
Date á presion, Eusebio; que prometo,
y como noble juro, de ampararte,
siendo abogado tuyo, aunque soy parte.
Eus. Como à Curcio no mas, yo me rindiera;
mas como á juez, no puedo;
porque aquel es respeto, y éste es miedo.
Oct. ¡Muera Eusebio!
Curc. Advertid....
Oct. ¿Pues qué? tú quieres
defenderle? á ¿la patria traidor eres?
Curc. ¿Yo traidor? Pues me agravian desta suerte,
perdona, Eusebio, porque yo el primero
tengo de ser en darte triste muerte.
Eus. Quítate de delante,
señor, porque tu vista no me espante;

que viéndote, no dudo
que te tenga tu gente por escudo.
(*Vanse todos peleando con él.*

Curc. Apretándole van. ¡O quién pudiera
darte ahora la vida,
Eusebio, aunque la suya misma diera!
En el monte se ha entrado,
por mil partes herido,
retirándose baja despeñado
al valle. Voy volando;
que aquella sangre fria,
que con tímida voz me está llamando,
algo tiene de mia;
que sangre, que no fuera
propia, ni me llamara, ni la oyera. (*vase*)

Baja despeñado Eusebio.

Eus. Cuando, de la vida incierto,
me despeña la mas alta
cumbre, veo que me falta
tierra donde caiga muerto:
pero si mi culpa advierto,
al alma reconocida,
no el ver la vida perdida
la atormenta, sino el ver
como ha de satisfacer
tantas culpas una vida.
Ya me vuelve à perseguir
este escuadron vengativo,
pues no puedo quedar vivo,
he de matar ó morir:
aunque mejor será ir
donde al cielo perdon pida;
pero mis pasos impida
la cruz, porque desta suerte

ellos me den breve muerte,
y ella me dé eterna vida.
Arbol, donde el cielo quiso
dar el fruto verdadero
contra el bocado primero,
flor del nuevo paraiso,
arco de luz, cuyo aviso
en piélago mas profundo
la paz publicó del mundo,
planta hermosa, fèrtil vid,
arpa del nuevo David,
tabla de Moises segundo:
pecador soy, tus favores
pido por justicia yo;
pues Dios en ti padeció
sólo por los pecadores.
A mi me debes tus loores;
que por mì solo muriera
Dios, si mas mundo no hubiera:
luego eres tú, cruz, por mì,
que Dios no muriera en ti
si yo pecador no fuera,
Mi natural devocion
siempre os pidió con fé tanta,
no permitieseis, cruz santa,
muriese sin confesion.
No seré el primer ladron
que en vos se confiese á Dios.
Y pues que ya somos dos,
y yo no lo he de negar,
tampoco me ha de faltar
redencion que se obró en vos.
Lisardo cuando en mis brazos
pude ofendido matarte,

lugar di de confesarte,
àntes que en tan breves plazos
se desatasen los lazos
mortales. Y ahora advierto
en aquel viejo, aunque muerto,
piedad de los dos aguardo.
Mira que muero, Lisardo;
mira que te llamo, Alberto.

Sale Curcio.

Curc. Hàcia aquesta parte está.
Eus. Si es que venis á matarme,
muy poco hareis en quitarme
vida que no tengo ya.
Curc. ¿Qué bronce no ablandará
tanta sangre derramada?
Eusebio, rinde la espada.
Eus. A quién?
Curc. A Curcio.
Eus. Esta és. (*Dásela.*)
Y yo tambien á tus piés
de aquella ofensa pasada
te pido perdon. No puedo
hablar màs; porque una herida
quita el aliento à la vida,
cubriendo de horror y miedo
al alma.
Curc. Confuso quedo.
¿Serà en ella de provecho
remedio humano?
Eus. Sospecho
que la mejor medicina
para el alma es la divina.
Curc. Dónde es la herida?
Eus. En el pecho.

Curc. Déjame poner en ella
la mano, á ver si resiste
el aliento (Ay de mí triste!)
¿Qué señal divina y bella
es esta, que al conocella
toda el alma se turbó?
Eus. Son las armas que me dió
esta cruz, á cuyo pié
nací: porque mas no se
de mi nacimiento yo.
Mi padre, á quien no señalo,
aún la cuna me negó;
que sin duda imaginó
que habia de ser tan malo.
Aquí nací.
Curc. Y aquí igualo
el dolor con el contento.
con el gusto el sentimiento,
efectos de un hado impío
y agradable! Ay hijo mio!
pena y gloria en verte siento.
Tú eres, Eusebio, mi hijo,
si tantas señas advierto.
que para llorarte muerto
ya justamente me aflijo.
De tus razones colijo
lo que el alma adivinó.
Tu madre aquí te dejó
en el lugar que te he hallado;
donde cometí el pecado,
el cielo me castigó.
Ya aqueste lugar previene
informacion de mi error;
¿pero cuál seña mayor

que aquesta cruz, que conviene
con otra que Julia tiene?
Que no sin misterio el cielo
os señaló, porque al suelo
fuerais prodigio los dos.

Eus. No puedo hablar, padre! á Dios!
porque ya de un mortal velo
se cubre el cuerpo, y la muerte
niega, pasando veloz,
para responderte voz,
vida para conocerte
y alma para obedecerte.
Ya llega el golpe màs fuerte,
ya llega el trance mas cierto.
¡Alberto!

Curc. ¡Que llore muerto
á quien aborrecí vivo!

Eus. ¡Ven, Alberto!

Curc. ¡O trance esquivo!
Guerra injusta!

Eus. ¡Alberto! ¡Alberto! (*muere.*)

Curc. Ya al golpe mas violento
rindió el último aliento;
paguen mis blancas canas
tanto dolor. (*tírase de los cabellos.*)

Sale Bras.

Bras. Ya son tus quejas vanas;
¿cuándo puso inconstante la fortuna
en tu valor estremos?

Curc. En ninguna
llegó el rigor á tanto.
Abrasen mis enojos
éste monte con llanto.
puesto que es fuego el llanto de mis ojos.

¡O triste estrella! ¡O rigurosa suerte!
¡O atrevido dolor!

Sale Octavio.

Oct. Hoy. Curcio, advierto,
la fortuna en los males de tu estado,
cuantos puede sufrir un desdichado.
El cielo sabe cuanto hablarte siento.
Curc. Qué ha sido?
Oct. Julia falta del convento.
Curc. ¿El mismo pensamiento, di, pudiera
con el discurso hallar pena tan fiera?
que es mi desdicha airada
sucedida aún mayor, que imaginada
Este cadáver frio,
éste que ves, Octavio, es hijo mio.
Mira si basta en confusion tan fuerte
cualquiera pena destas á una muerte.
Dádme paciencia, cielos,
ó quitadme la vida,
ahora perseguidas
de tormentos tan fieros.

Sale Gil, Tirso y villanos.

Gil. Señor!
Curc. ¡Hay màs dolor!
Gil. Los bandolerss,
que huyeron castigados,
en busca tuya vuelven, animados
de un demonio de un hombre,
que encubre de ellos mismos rostro y nombre.
Curc. Ahora que mis penas fueron tales,
que son lisonjas los mayores males.
El cuerpo se retire lastimoso
de Eusebio, en tanto que un sepulcro honrsso
à sus cenizas de mi desventura.
Tirs. ¿Pues cómo piensas darle sepultura

hoy en lugar sagrado,
cuando sabes que ha muerto escomulgado?

Bras. Quién desta suerte ha muerto,
digno sepulcro sea éste desierto.

Curc. ¡O villana venganza!
¿Tanto poder en tí la ofensa alcanza,
que pasas desta suerte
los últimos umbrales de la muerte *(v. llor.)*

Bras. Sea en penas tan graves
su sepulcro las fieras y las aves.

Otro. Del monte despeñado
caiga, por más rigor, despedazado.

Tirs. Mejor es darle ahora sepultura
entre de aquestos ramos la espesura.
Pues ya la noche baja,
envuelta en esa lóbrega mortaja,
aquí en el monte, Gil, con él te queda,
porque sola tu voz avisar pueda,
si algunas gentes vienen
de las que huyeron. *(vanse.*

Gil. Linda flema tienen.
A Eusebio han entrado
allí, y á mí aquí solo me han dejado,
Señor Eusebio, acuérdese, le digo,
que un tiempo fuí su amigo.
¿Mas qué es esto? ó me engaña mi deseo,
ó mil personas á esta parte veo.

Sale Alberto.

Alb. Viniendo ahora de Roma,
con la muda suspension
de la noche, en este monte
perdido otra vez estoy.
Aquesta es la parte adonde
la vida Eusebio me dió,

y de sus soldados temo
que en grande peligro estoy.
Eus. ¡Alberto!
Alb. ¿Qué aliento es este
de una temerosa voz,
que repitiendo mi nombre
en mis oidos sonó?
Eus. Alberto!
Alb. Otra vez pronuncia
mi nombre, y me pareció
que es á esta parte; yo quiero
ir llegando.
Gil. Santo Dios!
Eusebio es, y ya es mi miedo
de los miedos el mayor.
Eus. Alberto!
Alb. Màs cerca suena.
¿Voz, que discurres veloz
el viento, y mi nombre dices,
quién eres?
Eus. Eusebio soy;
llega, Alberto, hácia esta parte,
adonde enterrado estoy;
llega, y levanta estos ramos;
no temas.
Alb. No temo yo,
Gil. Yo sí. (*Alberto le descubre.*
Alb. Ya estás descubierto.
¿Dime de parte de Dios,
qué me quieres?
Eus. De su parte,
mi fe, Alberto, te llamó,
para que, àntes de morir,
me oyeses de confesion.

Rato ha que hubiera muerto,
pero libre se quedó
del espíritu el cadáver;
que de la muerte el feroz
golpe le privió del uso,
pero no le dividió. (*levántase.*
Ven adonde mis pecados
confiese, Alberto, que son
mas que del mar las arenas
y los átomos del sol.
Tanto con el cielo puede
de la cruz la devocion,

Alb. Pues yo cuantas penitencias
hice hasta ahora, te doy,
para que en tu culpa sirvan
de alguna satisfaccion.

Gil. Por Dios, que va por su pié;
y para verlo mejor:
el sol descubre sus rayos,
á decirlo á todos voy.

Vanse Eusebio y Alberto.

Salen por el otro lado Julia y algunos bandoleros.

Jul. Ahora que descuidados
la victoria los dejó
entre los brazos del sueño,
nos dan bastante ocasion.

Uno. Si has de salirlos al paso,
por esta parte es mejor;
que ellos vienen por aquí.

Salen Curcio y todos.

Curc. Sin duda que inmortal soy
en los males que me matan,
pues no me mata el dolor.

Gil. A todas partes hay gente;

sepan todos de mi voz,
el mas admirable caso
que jamàs el mundo vió.
De donde enterrado estaba
Eusebio, se levantó,
llamando á un clérigo à voces.
¿Mas para qué os cuento yo
lo que todos podeis ver?
Mirad con la devocion
que està puesto de rodillas.

Curc. Mi hijo! ¿Divino Dios,
qué maravillas son estas?

Jul. ¿Quién vió prodigio mayor?

Curc. Así como el santo anciano
hizo de la absolucion
la forma, segunda vez
muerto á sus plantas cayó.

Sale Alberto.

Alb. Entre sus grandezas tantas,
sepa el mundo la mayor
maravilla de las suyas,
porque la ensalce mi voz.
Despues de haber muerto Eusebio.
el cielo depositó
su espíritu en su cadáver,
hasta que se confesó;
que tanto con Dios alcanza
de la cruz la devocion.

Curc. ¡Ay hijo del alma mia!
No fué desdichado, no,
quien en su trágica muerte
tantas glorias mereció.
Así Julia conociera
sus culpas.

Jul. Válgame Dios!
¿Qué es lo que estoy escuchando?
Qué prodigio es éste? ¿Yo
soy la que à Eusebio pretende,
y hermana de Eusebio soy?
Pues sepa Curcio, mi padre,
sepa el mundo y toda hoy
mis araves culpas; yo misma,
asombrada á tanto horror,
daré voces; sepan todos
cuantos hoy viven, que yo
soy Julia en número infame
de las malas la peor,
Mas ya que ha sido comun
mi pecado, desde hoy
lo será mi penitencia;
pidiendo humilde perdon,
al mundo del mal ejemplo,
de la mala vida á Dios.
Curc. ¡O asombro de las maldades!
con mis propias manos yo
te mataré, porque sea
tu vida y tu muerte atroz.
Jul. Valedme vos, cruz divina.
que yo mi palabra os doy,
de hacer, volviendo al convento,
penitencia de mi error.
(*Al querer herirla Curcio, se abraza de la cruz que estaba en el sepulcro de Eusebio, y vuela.*)
Alb. ¡Gran milagro!
Curc. Y con el fin
de tan grande admiracion,
la devocion de la cruz
felice acaba su autor.

POLIZIA N. F 16234